

EDWARD ROSSET



EL CAPITÁN  
OLANO

Narrativas Históricas

Pocos personajes hay en la historia de España tan polémicos y controvertidos como el capitán Lope de Olano, considerado en ocasiones uno de los navegantes más audaces de su tiempo, y en otras un detestable traidor.

Hijo del alcalde de Azkoitia y emparentado con San Ignacio de Loyola, Olano fue uno de los pilotos que acompañaron a Cristóbal Colón en su tercera expedición (1498) y, tras varios años viviendo en La Española, fue nombrado segundo del gobernador de Castilla de Oro (hoy Panamá), Diego de Nicuesa. Sin embargo, un desafortunado episodio cambió el rumbo de su vida. El barco de Nicuesa desapareció en una tormenta con toda su tripulación. Mientras los buscaban, Olano y los suyos descubrieron el archipiélago de San Andrés. Pero no tardaría en ser acusado por Nicuesa de traición.

*Dedico este libro a Jaime Gómez, cuya  
colaboración y apoyo desinteresado me habría  
sido imposible escribirlo.*

## PRÓLOGO

Cuando me pidió Juan Bautista Mendizabal de Azkoitia que escribiera el prólogo del libro de *El capitán Olano*, escrito por mi amigo Edward Rosset, pensé que un personaje tan poco conocido apenas habría hecho cosas que mencionar. Sin embargo, me equivocaba. Según fui adentrándome en la lectura del manuscrito, la vida de Olano me pareció verdaderamente fascinante. Primo de Ignacio de Loyola y hermano del que fue secretario de la reina Juana, su vida no podía ser menos que extraordinaria.

Ya de joven, mostró su espíritu aventurero estudiando en Zarauz para ser piloto, título que consiguió a la edad de dieciocho años, cuando se embarcó en el tercer viaje de Colón. A partir de ese momento, su vida se convirtió en una serie de aventuras. No tardó en unirse al rebelde Roldán en contra de la supuesta tiranía de los hermanos Colón, ayudando más tarde a pacificar la isla La Española bajo la gobernación de Francisco de Bobadilla.

Antes de los veinticuatro años era propietario de una hacienda y se dedicaba a la cría de cerdos. Sin embargo, su

espíritu era demasiado inquieto para una vida tan pacífica, lo que le hizo embarcarse en la expedición de Diego de Nicuesa, de Baeza. Poco después, ayudó a vengar la muerte del cántabro Juan de la Cosa y descubrió el archipiélago de San Andrés. Más tarde, y por causas extrañas, se vio acusado por Nicuesa de haberle abandonado a su suerte. Tal acusación estuvo a punto de costarle la vida. Sólo los vascos que formaban parte de la expedición pudieron salvarle de ser ajusticiado.

Pocos años después, junto con Vasco Núñez de Balboa, descubrió el mar del Sur, el día de San Miguel, el 29 de septiembre de 1513. Este mar sería un día rebautizado por Magallanes como el océano Pacífico.

Verdaderamente, Olano forma parte de unos hombres que tuvieron la suerte de poder escribir la historia, una historia apasionante de descubrimientos y conquistas que no tiene parangón en lo acaecido desde el principio de los siglos.

Miguel de la Quadra-Salcedo

## AGRADECIMIENTOS

**P**ara escribir un libro se necesita acudir a numerosas fuentes de información y se requiere la ayuda de muchas personas. Y si el libro es una novela histórica, todavía más. En el caso de *El capitán Olano* recurrí a muchas de estas fuentes, y debo decir que todas las personas, sin excepción, a las que acudí en busca de ayuda o información me la proporcionaron gustosamente. Quiero, por lo tanto, hacer constar mi agradecimiento a todas ellas. Debo advertir que si hay algún error en el libro en el uso de la información recibida, la culpa será exclusivamente mía.

Agradezco, en primer lugar y muy en particular, al neurólogo colombiano Jaime Gómez, cuyo entusiasmo movió e involucró a muchas personas en la ingente tarea de recopilación de datos sobre Olano, y que fue clave para que este libro haya visto la luz tras años de investigación tanto en Colombia como en el Archivo de las Indias de Sevilla. Sin el entusiasmo de este gran investigador, no habría sido posible escribir este libro.

También agradezco el apoyo que obtuve del Ayuntamiento de Azkoitia, y en particular de su alcalde, Asier Aranbarri Urzelai, en la investigación sobre los orígenes de Lope de Olano y su familia.

Asimismo, agradezco toda la información que me facilitó Miguel de la Quadra-Salcedo, quien me demostró sus amplísimos conocimientos no sólo sobre Olano, sino acerca de todos los conquistadores españoles, proporcionándome amablemente bibliografía sobre el tema. El protagonista de la *Ruta Quetzal* me confirmó la imposibilidad que tuvo el capitán Olano de acudir en auxilio de Nicuesa tras la violenta tempestad que tuvo que soportar la escuadra. Esta falsa acusación de traicionar a su jefe ha pesado sobre el conquistador de Azkoitia durante siglos.

El Archivo General de Indias, así como el de Parés, me facilitaron toda clase de documentos relativos a Lope de Olano y a las encuestas que se celebraron después de su muerte en el año 1516.

El Exmo. Embajador de Colombia, D. Carlos Rodado Noriega, y la Sra. Ruth Mery Cano Aguillón, Cónsul de Colombia en Bilbao, mostraron su disposición a cooperar en todo momento en este proyecto proporcionándome información sobre el archipiélago de San Andrés, descubierto por el capitán Lope de Olano el 30 de noviembre de 1510, así como el descubrimiento del océano Pacífico llevado a cabo por Balboa, acompañado de Olano y Pizarro, en 1513.

# Capítulo I

## Acla

*Año 1516*

**E**l capitán Lope de Olano miró por encima de la empalizada a la muchedumbre de indios que les tenían rodeados desde hacía dos días. Calculó que había más de mil que les atacaban sin darles un momento de respiro. La táctica de aquellos salvajes era sencilla. Atacaban en oleadas de doscientos o trescientos guerreros cada vez. Se acercaban a la empalizada a la carrera, arrojaban sus flechas o jabalinas contra los defensores y se retiraban tan rápidamente como habían llegado. Poco después, otra nueva oleada de atacantes hacía lo mismo. Así sucesivamente, día y noche.

Era evidente que los indígenas habían aprendido mucho en sus enfrentamientos con los hombres blancos. Sabían que poco podían contra unos tubos que arrojaban fuego y unas corazas de metal que protegían el cuerpo de sus enemigos. Por eso, habían aprendido a tener paciencia y confiar en el curare, su arma más poderosa. Tarde o temprano, una flecha emponzoñada encontraba una parte del cuerpo

sin proteger. Un rasguño del poderoso veneno mataba a un hombre en cuestión de minutos. La ponzoña paralizaba los músculos del cuerpo, haciendo que el herido tuviera cada vez más dificultad en respirar hasta que dejaba de hacerlo.

Olano contó los hombres que quedaban en pie. Veintiocho. Siete habían muerto ya y dos se revolcaban en el suelo gritando de dolor.

El capitán se acercó a uno de ellos y le arrancó la flecha que se había clavado en un punto desprotegido del hombro.

—¿Qué puedo hacer por ti, Juan?

—¡Confesión!, ¡por favor, capitán! ¡Voy a morir...!

—Sabes que no tenemos clérigo, Juan. Arrepiéntete de todos tus pecados con un acto de perfecta contrición. El Señor te acogerá igualmente en su seno.

El herido se revolvió en el suelo frenéticamente, como una cola de serpiente, al tiempo que se le formaba una espuma sanguinolenta en la comisura de los labios.

—¡Dios mío! —gimió—, ¡perdona mis pecados!, ¡voy a morir...!

Haciendo de tripas corazón, Lope de Olano volvió a su puesto en la empalizada cuando un griterío anunciaba otra oleada de atacantes salvajes. Casi al unísono se oyeron cinco disparos —los únicos arcabuces que se hallaban en posición de disparar—, y otros tantos indios cayeron fulminados como por un rayo. También oyó Olano el silbido de las balistas, que, aunque no tan ruidosas como los mosquetones, eran igual de efectivas. Vio abrirse más huecos en las filas del enemigo, pero la marea humana no tardó en cubrir las bajas. Segundos más tarde, una nube de flechas y jabalinas cubría el sol y caía implacable sobre los castellanos. Sonó a continuación un tintineo prolongado al golpear las flechas en las armaduras de metal y en las adargas de los soldados.

—¡Cuerpo de Dios! ¡Me han dado!

Lope de Olano reconoció la voz. Era un joven extremeño, apenas un muchacho de dieciséis años, todavía barbilampiño. Se llamaba Pedro Almenabar y había venido de grumete en uno de los barcos de Pedrarias.

Aquello hizo que su mente retrocediera muchos años. A un día de junio de 1491, el día en que todo el pueblo celebraba el nombramiento de caballero de la Orden de Santiago de su hermano Sebastián. Él debía de ser entonces poco más joven que Pedro Almenabar...

\* \* \*

Azkoitia. Año 1491

El alcalde Juan de Olano miró con orgullo a su hijo mayor, Sebastián. Tenía el joven un aspecto magnífico a la salida de misa mayor bajo palio. Lucía sus mejores galas para la ocasión y no era para menos, pues no todos los días era uno nombrado caballero por los reyes.

El joven Sebastián llevaba calzones cortos de terciopelo gris, acuchillados, que permitían ver un forro a juego, medias de seda azul y calzas de cuero marrón hasta medio muslo con espuelas de plata repujada, jubón de seda amarilla con alzacuellos de piel de ante del mismo color. Iba armado con una espada toledana que pendía de un tahalí de ante dorado, además de puñal al cinto, ambos con empuñadura de plata ricamente labrada y fina pedrería. Completaba el atuendo la capa negra de la Orden de Santiago que daba fe de la valentía y nobleza de su portador.

Los ojos del alcalde de Azkoitia se cruzaron con los de su esposa María de Loyola en una media sonrisa de complicidad.

—¿Qué te parece nuestro hijo? —preguntó Juan de Olano.

Su esposa suspiró. Atrás quedaban los sinsabores de años de lucha contra navarros, franceses y moros. Las largas campañas sangrientas y los asaltos a castillos fortificados eran, de momento, sólo un recuerdo.

—Ninguna mujer puede sentirse más orgullosa de su hijo que yo —exclamó—. El día de hoy será algo imborrable en mi memoria.

Juan de Olano respiró profundamente con honda satisfacción. Confiaba en que todo saliera bien. En una campa cercana al pueblo, dos bueyes y seis corderos daban vueltas en sus espetones asándose lentamente, mientras que de una carreta los mozos bajaban varias barricas de sidra y un pellejo de vino para que todo el pueblo pudiera celebrar el evento. Al mismo tiempo, en la casa-torre de los Olano situada junto al río Urola, los sirvientes preparaban una larga mesa para los principales de Azkoitia y Azpeitia.

¡Caballero de la Orden de Santiago! ¡Su hijo había sido nombrado caballero por Isabel y Fernando por los servicios prestados a la Corona! ¡Qué más se podía pedir en esta vida!

—Padre, ¿damos comienzo a los juegos?

El alcalde se volvió a su hijo más joven, todavía un mozo.

—¡Cuerpo de Dios! —exclamó—. Me había olvidado de ellos. ¿Cuál va primero, Lope?

—Primero van los *aizkolaris*. Hay cuatro participantes. Tienen que cortar seis troncos de veinte pulgadas cada uno.

—Bien —asintió el alcalde—, y luego vendrá el levantamiento de piedra. Ya veo a los mozos preparándose.

—Eso es. ¿Digo que den comienzo los juegos?

Su padre asintió.

—¡Adelante con la diversión! Hoy es un día de jolgorio y alegría. ¡Vayamos a ver cómo cortan los troncos estos mozos!

—¿Qué vais a dar como premio al ganador?

Juan de Olano miró al recién llegado que hacía la pregunta. Era su cuñado, Juan de Loyola, que venía de la iglesia con su esposa María y algunos de sus doce hijos. Al parecer, no tardarían en añadir uno más a la familia.

—Hola, cuñado —dijo el alcalde palmeándole el hombro—. Te echaba en falta, a ti y a tus hijos. ¿Para cuándo? —preguntó, señalando el abultado vientre de su cuñada.

Juan de Loyola se frotó la barbilla.

—No tardará —masculló—; como mucho, otro mes.

—¿Y cómo le vais a llamar?, ¿quedan nombres libres todavía en el santoral?

—Le vamos a llamar Iñigo, Iñigo de Loyola, ¿qué te parece?

—Fantástico, seguro que está destinado a lograr grandes cosas.

Juan de Loyola hizo una mueca, al tiempo que señalaba a Sebastián con el mentón.

—Para grandes cosas tus hijos, y si no, mira a Sebastián: Caballero de la Orden de Santiago a los veinte años, notario real y..., ¿qué más?, ¿quizá secretario de los reyes?

—¿Por qué no? —sonrió Juan de Olano—. Todo es posible. ¿Y qué me dices del más pequeño?

Los dos hombres miraron al joven Lope, que ayudaba a organizar los juegos rurales: *aizkolaris*, *segalaris*, *levantamiento de piedra*...

—Es un jefe nato —respondió Juan de Loyola—. A pesar de su corta edad, se ve en él una gran capacidad de mando. ¿Qué vas a hacer de él?

Juan de Olano se acarició el mentón.

—Le voy a mandar a Zarauz, a una escuela de pilotos. Es curioso que viviendo tan lejos del mar se empeñe en ser marino. El caso es que juega todo el día con barcos de madera que talla él mismo y sólo habla de astrolabios y de la estrella Polar. Sueña con navegar a tierras lejanas.

—Hablando de tierras lejanas —dijo Loyola—, ¿has oído hablar de un tal Cristóbal Colón?

Juan de Olano asintió.

—¿Ese loco que quiere montar una expedición hacia poniente para buscar un camino a Cipango?

—El mismo.

—Claro que he oído hablar de él. La cosa parece que va muy en serio. Tanto, que los reyes han pedido a mi hijo Sebastián que vaya en esa expedición.

—¿De veras?

—Sí. Al parecer quieren una persona de confianza que anote cuidadosamente todo lo que acontezca en el viaje.

—Entiendo —asintió Juan de Loyola—, ¿y qué dice tu hijo?, ¿va a ir?

—Le gustaría, pero dice que le va a ser imposible aceptar ningún cargo hasta dentro de un año, por lo menos. Quizás haya otra ocasión más adelante.

Los dos hombres guardaron silencio. Delante de ellos, en la campa que se extendía junto al lugar conocido como Portaleburu, los *aizkolaris* se habían subido descalzos a los troncos que tenían que cortar. En sus manos acariciaban inquietos las hachas afiladas que pronto levantarían y dejarían caer con fuerza sobre los duros troncos de haya. Al fondo, como velando sobre el pueblo, se levantaba la cima del monte Izarraitz, de más de novecientos metros. Y girando la vista se veía a su hermano pequeño, el monte Azcárate, de algo más de seiscientos.

En ese momento, se dio la señal para comenzar el corte de troncos. Todos los *aizkolaris* dejaron caer las hachas sobre los troncos, justo entre sus pies. Durante unos minutos, el ritmo de hachazos fue trepidante.

—¿Quién crees que ganará? —preguntó el de Loyola.

—Yo apostarí por Patxeku, del caserío de Urrategi. Es un joven que no tiene rival.

—¿Cuántos troncos tienen que cortar?

—Creo que seis —respondió Juan de Olano—, pero pregunta a Lope. Él es quien se está ocupando de todo.

Efectivamente, el joven Lope, dejando a su hermano Antonio al cargo de los *aizkolaris*, ya se dirigía a un par de mozalbetes que se enrollaban una ancha faja alrededor de la cintura para proteger los riñones del terrible esfuerzo que iban a realizar.

La piedra rectangular que tenían que levantar yacía sobre su costado en espera de que uno de los forzudos la moviera.

No tardó en llegar su turno. En cuanto los *aizkolaris* dieron el último hachazo, los curiosos se trasladaron hacia los levantadores de piedra. Los murmullos de la gente se acallaron cuando el primero, Arkaitz, un joven musculoso de veinte años, comenzó los levantamientos. La piedra debía estar nivelada sobre el hombro para que el levantamiento fuera válido.

Arkaitz comenzó a jadear a la cuarta alzada. Para la séptima, su rostro tenía el color de la grana y el aire no conseguía entrar en sus pulmones. Consiguió subir la piedra una octava vez, pero no pudo nivelar la novena y la piedra cayó sin control sobre unos sacos de arena.

Su contrincante, Patxi, de un caserío de Orio, era un joven fornido de constitución maciza. Consiguió alzar la piedra de doscientos cincuenta kilos nueve veces, con lo que resultó ganador y se llevó mil maravedís y un cordero de premio.

Apenas habían terminado los levantadores de piedra cuando Lope ya corría, junto con su hermano Sanjuán, hacia la campa de Bizkargi, al otro lado del río Igaran, afluente del Urola, donde iba a tener lugar el corte de hierba. Allí, tres mozos con el dorso desnudo afilaban sus guadañas. Cada uno tenía asignada una parcela en la que debía cortar toda la hierba que pudiese durante veinte minutos. Al cabo de ese tiempo, sus ayudantes reunirían lo cortado, lo pesarían y ganaría el que más peso consiguiera.

El sol estaba ya alto cuando se dio la señal de empezar la siega. Los rayos del astro emitían mil reflejos centellean-

tes en el metal de las afiladas guadañas, cegando a menudo los ojos de los espectadores. Con cada pasada, las hojas curvas se abrían camino rápido y profundo en la alta hierba.

—Apuesto a que gana el segalari de Zumárraga —dijo el de Loyola—, ¿qué tal si nos jugamos una barrica de txakolí de San Martín ?

*Txakolí?*, hecho. Tengo un par de barricas en la bodega. Haré que traigan una si pierdo. Yo apuesto por el mozalberte de Oñate.

Media hora más tarde, Juan de Loyola tuvo que reconocer que había elegido mal.

—¡Por los clavos de Cristo! Nos habéis dado un buen palo. Mandaré a por la barrica ahora mismo.

Juan de Olano levantó el brazo señalando a Lope.

—Espera —dijo—, creo que mis hijos están preparando un último juego.

—¿De qué se trata esta vez?

—Sigamos a la gente.

Todos los vecinos se dirigían hacia el río Egurbide, el otro afluente del Urola. En una campa en las orillas del río había un aprisco. Lope y su hermano Juan hablaban con dos pastores. Cada uno tenía un rebaño de cincuenta ovejas.

—Ya sabes de qué se trata. Tienen que meter su rebaño en el aprisco usando solamente su perro. Uno de los pastores es de Cegama y el otro de Segura, ¿por cuál apuestas?

—Yo por el de Segura —dijo Juan de Loyola—; ese perro tiene buena pinta.

—Pues yo apuesto por el de Cegama. Vaya otra barrica. Doble o nada.

Cuando terminaron los juegos, Juan de Loyola sacudió la cabeza.

—Hoy no parece mi día de suerte. Mandaré una carreta para que traigan las dos barricas. Tendré que beber sidra el resto del año.